

HISTORIA DE LA EDUCACIÓN Y FEMINISMO ACADÉMICO

PILAR BALLARÍN DOMINGO*

Cuando pensaba qué podría yo decir en este trabajo, se producía un acontecimiento: el Gobierno del Estado, por primera vez en la historia era un Gobierno paritario, ocho mujeres, ocho amigas, van a ocupar el mayor nivel de responsabilidad del Estado, también se anuncia paritario el Gobierno Andaluz. Este hecho eclipsaba cualquier otra idea para esta intervención.

En menos de un siglo hemos pasado de conseguir el derecho a la educación en todos los niveles y el voto, a gobernar en paridad.

Sabíamos que la consecución de la educación y el sufragio no eran ya el único logro de las mujeres del siglo XX, porque este siglo de cambios legales y morales, se cerraba con una nueva conquista, no menos importante aunque, tal vez, más silenciosa, de cara a la transformación de las relaciones de género: las mujeres, como colectivo, habíamos comenzado a pensarnos a nosotras mismas y a trasladar nuestras ideas al lenguaje del poder. El feminismo académico estaba dispuesto a revisar y reconstruir los conocimientos legitimados. Pero... en el periódico estaban las ocho fotos, ocho ministras, la mitad del Gobierno.

Y mientras me esforzaba en recuperar ideas releendo los títulos de las comunicaciones, ideas que pudieran responder a las posibles expectativas de un foro académico de amigas historiadoras, lo único que se me ocurría es que este Congreso debería ser una fiesta. Porque ha costado mucho tiempo, mucho trabajo, pero... ¡lo hemos conseguido!

No obstante, con la desconfianza propia, me preguntaba ¿Por qué no hacemos manifestación pública de nuestro éxito? ¿Cuántas mujeres hemos considerado propio este logro? o ¿es qué el feminismo académico es ajeno a este hecho? Está claro que no pero, tal vez, ese sea nuestro único fracaso: no saber reconocer nuestros éxitos y, en consecuencia, no consolidarlos, no ponerlos en valor y no rentabilizarlos.

A bote pronto podemos pensar que la inmediatez simbólica de este hecho sirve más a otra educación de las mujeres que muchos de los folios que hemos escrito, por eso creo que debemos recordar que sin ellos, sin el esfuerzo intelectual de muchas mujeres, la paridad en el gobierno, hoy conquistada, no existiría.

Yo quisiera recordar hoy aquí algo que -decía María Ángeles Durán en *Liberación y utopía* (1982)- hace ya algunos años:

(*) Universidad de Granada.

«La incorporación de la mujer al proceso de producción de la ciencia, figura entre las condiciones necesarias, pero no suficientes, para la incorporación de la ciencia al proceso de liberación de la mujer».

¿Hasta que punto hemos incorporado la ciencia, en este caso la historia de la educación, al proceso de liberación de las mujeres?

¿En qué medida nuestra aportación científica ha repercutido en los cambios de la vida de las mujeres y, por tanto, de los hombres?

Dar respuesta a una cuestión como esta, cuando, como todas sabéis, llevo un tiempo alejada de la actividad académica, no es fácil y sin duda pretenciosa, pero merecía la pena aprovechar mi alegría y revisar con optimismo la producción más reciente en la Historia de la Educación de las Mujeres con el fin de tomar el pulso a los avances que se han producido en este campo.

El ámbito de la Historia de la Educación puede servirnos de ejemplo de nuestra capacidad y límites para impregnar otras áreas de conocimiento y, lo que en definitiva importa y que a menudo se nos olvida: para transformar la vida de las mujeres y nuestra posición para decidir el futuro.

En el año 2003, Consuelo Flecha por un lado, y Victoria Robles, por otro, con diferentes formulas abordaban la producción más reciente de Historia de la Educación de las Mujeres, con motivo del XII (duodécimo) Coloquio de Historia de la Educación¹. Parecía que no se había avanzado mucho desde el análisis que yo misma había realizado en 1994 sobre la producción de una década de historia de la educación contemporánea de las mujeres (1982-1993)² y otro de 1999 para toda la historia de la educación de las mujeres correspondiente al periodo 1994-1999 –y que permanece inédito por motivos que no vienen al caso–. En general en todos se percibía ese pesimismo que caracteriza a quienes ansiamos notar los cambios en el proceso de una vida.

Y, como decía, aprovechando el optimismo y la imprudencia de la distancia, he intentado leerlos de otro modo, sin el constreñimiento de ese rigor científico al que nos sometemos habitualmente, para buscar cuál ha sido el alcance de esa aportación teórica feminista, que no vemos y que, en definitiva, incide en los cambios.

Como es de todas sabido, la preocupación por la Historia Social de los historiadores e historiadoras de la educación, en la década de los 80, llevó a ampliar los campos de estudio, los objetos de conocimiento, y esta ampliación, en consecuencia, alcanzó a las mujeres sin que ello significara, necesariamente, como en cualquier otro ámbito histórico, al menos en ese momento, un reconocimiento de los supuestos que sustenta la acuñada como Historia de las Mujeres.

El retraso que ha venido observando la Historia de la Educación en su incorporación a nuevas corrientes historiográficas, se constata con respecto a la Historia de las Mujeres. Sin

(1) FLECHA GARCÍA, Consuelo (2003): «La Historia de la Educación de las Mujeres como campo de investigación», en *Etnohistoria de la Escuela*. XII Coloquio Nacional de Historia de la Educación, Burgos, Universidad de Burgos, SEHDE, pp. 977-990 y ROBLES SANJUÁN, Victoria: La renovación historiográfica de la educación de las mujeres. Aportaciones a la historiografía de la educación, en *Ibidem*, pp. 1041-1052.

(2) BALLARIN, Pilar (1994): «La educación contemporánea de las mujeres», en GUEREÑA, Jean-Louis, RUIZ BERRIO, Julio; TIANA, Alejandro (1994): *Historia de la Educación en la España contemporánea. Diez años de investigación*, Madrid, C.I.D.E., pp. 173-190.

embargo, podemos afirmar sin temor a equivocarnos, que no es menor la sensibilidad actual hacia la Historia de las Mujeres que la que se viene produciendo en otras áreas históricas.

Es cierto y obvio que no toda la producción en el campo de la Historia de la Educación de las Mujeres, como de las mujeres en general, puede reconocerse como Historia de las Mujeres. Pero igualmente es cierto que se ha producido en las últimas décadas un crecimiento exponencial, al margen de su rigor, de la presencia de temática, llamémosle, «femenina» en Jornadas, Coloquios, Encuentros, Foros de todo tipo, Librerías, Bibliotecas, etc...

El interés de los historiadores e historiadoras de la educación de nuestro país por la educación de las mujeres quedaba marcado en la organización, en 1990, del VI Coloquio de Historia de la Educación dedicado por primera y última vez, al tema Mujer y Educación en España 1868-1975³.

En los análisis que yo había realizado anteriormente consideré que aquella iniciativa no había provocado un mayor desarrollo de las investigaciones sobre el tema, porque, en los siguientes Coloquios nacionales, aunque nunca han faltado contribuciones sobre Historia de la Educación de las Mujeres, estas eran poco numerosas. Pero mi nueva lectura me ha permitido poner en valor algunas cuestiones ya observadas y otras, no menos importantes, en el conjunto de las comunicaciones presentadas a los últimos Coloquios:

En estos momentos cualquier temática histórico-educativa que no se dirige a explicar a las mujeres, en la mayoría de los casos, establece diferencias en función del sexo en su contenido. Sin duda como consecuencia de haber sacado a la luz las diferencias educativas entre varones y mujeres.

Aunque pervive, en algunos casos, la utilización del plural masculino como genérico, se observan importantes mejoras en el uso no-sexista del lenguaje que nos indica que nuestros esfuerzos en este sentido, también han dejado su huella.

Se ha ampliado notablemente la utilización del plural «mujeres» frente al singular genético «la mujer». Sin duda la mayor producción sobre las mujeres ha visualizado su diversidad, su pluralidad como colectivo y ha facilitado el abandono de la utilización de «la mujer» como colectivo de idénticas definidas por los varones. La utilización del plural afirma la individualidad negada y, sin duda, contribuye a romper el estereotipo construido.

Una cuestión sobre la que ya llamé la atención pero que, a la vista del influjo global, debemos revalorizar, es las aportaciones continuadas sobre educación de las mujeres de profesoras del área de Historia de la Educación como Carmen Colmenar, Consuelo Flecha, Carmen Agulló, Irene Palacios, Carmen Sanchidrian, Isabel Grana, M.^a del Mar del Pozo o Victoria Robles, que, desde diversos planteamientos y enfoques han conseguido una presencia constante de estos temas.

Globalmente podemos decir que el notable aumento de la investigación en Historia de la Educación de las Mujeres que se ha producido en nuestro país en las últimas décadas, es, en su mayoría, sobre «mujeres singulares» e «instituciones educativas femeninas» y no ha significado, en términos generales, el abandono de ese primer nivel de «contribución» que ha caracterizado a la Historia de las Mujeres en sus primeros pasos. Sin embargo, estudios sobre mujeres sabias, autoridad y autoría, transmisión de saberes y conocimientos, abrieron,

(3) *Mujer y Educación en España 1868-1975*. VI Coloquio de Historia de la Educación, Santiago, Universidad de Santiago, 1990.

hace ya algunos años, una línea de investigación, que va creciendo y que está produciendo trabajos, cada vez más analíticos, como los que se ocupan de las maestras, con nuevos enfoques y perspectivas de continuidad. Gran parte de las investigaciones se van situando en la perspectiva de las propias maestras buscando el sentido de ser mujeres en la profesión, así como el significado de esta profesionalización en la vida del conjunto de las mujeres.

Aunque todavía se producen algunos trabajos de tipo descriptivo sobre denuncia de las desigualdades, observamos una evolución importante hacia enfoques más explicativos que se dirigen a dar razón de como se construyen, se mantienen y se reproducen las desigualdades.

Es cierto que pervive, en muchas aportaciones, el victimismo más tradicional que presenta a las mujeres como seres humanos oprimidos e indefensos, pero no podemos minusvalorar estos trabajos que ponen de manifiesto la opresión, explotación y dominación, y contribuyen a tomar conciencia de que las mujeres hemos tenido experiencias históricas diferentes a las de los varones al tiempo que pone de relieve la presencia de las mujeres en espacios y papeles propios.

Señalamos la falta de obras de síntesis pero, aunque se siguen produciendo más trabajos breves que obras amplias, no podemos achacar a estas, en todos los casos, falta de síntesis. Se aprecian cada vez más trabajos que, si bien breves, sistematizan datos anteriores y construyen teoría.

Perduran algunos temas, no obstante han cambiado las preguntas y, al cambiar las preguntas que ante ellos se plantean, se ha dado paso a algunas respuestas, explicaciones y mayor conocimiento. Hoy desde la Historia de la Educación se comienza a dejar de ver a las mujeres del pasado como seres pasivos ante lo que les venía dado y emergen ya como sujetos que participan, se resisten y defienden de la discriminación. Lo que ahora se impone y pienso que es tarea urgente, es ponerles cara, recuperar su imagen y veo con alegría que hay quienes se están ocupando de ello.

Es común afirmar que la Educación de las Mujeres, como otras temáticas sobre las mujeres, no ha dejado de ser más que un apéndice a la Historia general de la disciplina y simplemente se ha ajustado a la visión tradicional de la misma. Pero no hay que olvidar que en estos momentos en seis Universidades se imparten asignaturas de Historia de la Educación de las Mujeres. Ya hay en el área una catedrática y una titular con este perfil.

A pesar de la pervivencia de algunos usos ya señalados, cada vez son más numerosas las historiadoras de la educación que han resuelto el problema, que desde el marco de la historia educativa, suele producirse: ¿explicar a las mujeres a través de su educación o explicar la educación a través de las mujeres? No es una simple cuestión formal. Pienso que en una y otra se sitúan pretensiones ya no solo metodológicamente dispares sino también teórica e ideológicamente diferentes. Estudiar, explicar, la educación no puede considerarse un objetivo en sí mismo sino en la medida en que la educación es conformadora de los hombres y mujeres en sociedad (sujetos históricos) que es, en definitiva, el objetivo de la historia.

Podemos decir que desde el área de Historia de la Educación se ha comenzado a hacer Historia de las Mujeres. Esa historia que comienza cuando las mujeres somos conscientes de la necesidad de explicarnos a través de la reconstrucción de nuestro pasado. Con la conciencia de que el pasado ha de ser un producto propio, nuestro, y con conciencia de la naturaleza discursiva de la llamada «realidad» en el momento que se constituye en concreciones históricas y específicas de poder y que nos hace proveernos de herramientas cognitivas

adecuadas para, como entidades conscientes y autónomas ser capaces de organizar el mundo en que vivimos.

Sin duda el crecimiento del número de profesoras universitarias que dirigen su investigación hacia la Historia de la Educación de las Mujeres, es un factor muy importante en este avance pero el cambio cualitativo importante en los enfoques de estos estudios, sin duda, se debe al contacto propiciado por algunas profesoras del área, entre la Historia de las Mujeres y la Historia de la Educación, del que es muestra este Coloquio.

Los avances son innegables. Pero estos avances no son igualmente percibidos por todas las mujeres que en nuestra actividad investigadora nos hemos comprometido con la libertad de las mujeres, porque ya entre nosotras media una importante historia.

En estos días, nuestras compañeras de Madrid, el Instituto de Estudios de la Mujer de la Universidad Autónoma conmemora sus 25 años –y quiero desde aquí felicitarlas-, a otros Institutos nos queda poco para esta conmemoración. Este acontecimiento de hace 25 años que a algunas nos parece que fue anteayer, para las que tenéis menos edad fue hace mucho tiempo.

La relación con el feminismo de unas y otras, sin duda, ha sido diferente, y considero que es responsabilidad de las primeras –por no decir las mayores– trasladar a las últimas nuestra experiencia para construir memoria colectiva. Una memoria de la que nuestro feminismo carecía porque, como bien ha explicado Amelia Valcárcel, nos la cortó el franquismo y tuvimos que improvisar. Pero quienes decimos que no podemos estar inventando el feminismo a cada generación, tal vez porque nos sentimos jóvenes, no estamos considerando nuestra experiencia como ya histórica y tal vez, sin quererlo no la estamos transmitiendo. El feminismo no ha nacido hoy, el nuestro es un eslabón, y es el empuje de tantas mujeres en la misma dirección el que hoy nos permite vivir mejor.

Sin memoria no tenemos futuro y la memoria es poder. La memoria se construye desde el presente, desde un presente activo, como sujetas de creatividad, como creadoras de significado del mundo en que vivimos, como portadoras de transformación, en definitiva como autoras del mismo.

Y por eso considero importante recordar que el feminismo, en España, entró en la Universidad con las mujeres que fueron alumnas en los años 60 y accedieron a ella como profesoras a partir de los 70. Último periodo franquista. Esto no quiere decir que todas las mujeres universitarias, unas y otras, fueran feministas pero allí estaban también las que formaban parte de las reivindicaciones de las mujeres en las calles en el franquismo y en la transición «las malas», feministas de vivencias más que de lecturas, que optaban por el camino de la libertad. Malas que, como dice Amelia Valcárcel nunca produjeron ninguna víctima pero que abandonaron los patrones que ¡era mucho peor!. El trabajo universitario, ayudó a comprender las discriminaciones a otras que «a priori» se sentían ajenas. Es decir que a las universitarias procedentes del activismo feminista hay que añadir a todas aquellas que desarrollaron su conciencia en la búsqueda de rigor intelectual y se convirtieron en «igualmente malas».

A medida que en la Universidad, a partir de 1975, fue posible la expresión de opiniones y propuestas de los intereses y objetivos de la pluralidad social, las mujeres se empezaron a mostrar. Pero durante muchos años sólo algunas personalidades, ya con prestigio y estatus, pudieron permitirse centrar su trabajo en temas de género.

El movimiento feminista, en esta fase que se conoce como *tercera ola*, se va a plantear formas efectivas de intervención en los sistemas de poder y, en ese marco, cobraba nueva

importancia la elaboración de análisis y teoría. Los espacios universitarios nos daban a las mujeres nuevas posibilidades.

En esta línea, a partir de los años 80, las mujeres universitarias comienzan a organizarse y, en torno a los Estudios de las Mujeres, comienza el cuestionamiento epistemológico: partiendo del reconocimiento de la sexuación del saber, se proponen aplicar la perspectiva de género a todos los objetos de conocimiento. Evidentemente el origen de estos presupuestos no era la comunidad académica sino dos siglos de movimiento feminista en los países de nuestro entorno que nosotras intentábamos recuperar.

Con denominaciones diversas, comienzan a aparecer en las distintas Universidades profesoras y estudiantes que se agrupan y comienzan a hacer política feminista en la Universidad desde la teoría y desde la práctica académica. Entendíamos que cambiar el conocimiento estaba íntimamente ligado a cambiar la Universidad, quedarnos al margen del orden universitario, no transformarlo, significaría que jamás podríamos introducir con todas las consecuencias las ideas y las prácticas que proponíamos.

El *Libro Blanco de Estudios de las Mujeres en las Universidades Españolas 1975-1991*⁴ y la actualización de éste para los años 90 publicada como *Universidad y Feminismo*⁵ dan nutrida cuenta de los avances que en dos décadas se produjeron en crecimiento de grupos, investigación, producción, asociación, doctorados específicos, líneas editoriales, relaciones internacionales, inclusión de asignaturas en planes de estudio, titularidades y cátedras con denominación específica, etc... y que es imposible resumir aquí.

En 25 años de historia hemos construido en la Universidad, de «nada», todo lo que hoy somos y que, como digo, no es posible enumerar. Pero insisto, quienes han llegado después necesitan hacer propio este legado sin el cual no es posible valorar nuestra capacidad transformadora ni entender nuestra participación en el conjunto de los cambios.

Pienso que, en los últimos años, nuestro interés por cobrar autoridad, por ser acogidas en la academia nos ha llevado a desarrollar una investigación sin precedentes, y eso está bien, muy bien, pero me temo que hemos aparcado la necesaria proyección política, nuestro compromiso con el cambio en la Universidad y, cuando ambas actividades no actúan como un todo perdemos capacidad transformadora. Volcarse en la investigación está bien y es rentable individualmente pero, si no se teje red académica, si las individualidades no se visibilizan como colectivo, perdemos peso político y no construimos futuro para las mujeres.

De poco vale nuestro esfuerzo investigador si abandonamos nuestra actividad, nuestra implicación política universitaria porque recordemos que es esta última la que crea espacio a la primera.

Creo que es el momento de recuperar el sentido político de los Estudios de las Mujeres, feministas o de género y de resituar nuestra actividad en el marco del feminismo, para poder reconocer y valorar nuestros logros. Solo así podremos reconocernos como autoras de los cambios que se han producido en nuestro entorno.

(4) BALLARIN DOMINGO, Pilar; GALLEGU MENDEZ, M. Teresa; MARTINEZ BENLLOCH, Isabel (1995): *Los Estudios de las Mujeres en las Universidades Españolas 1975-91*. Libro Blanco, Madrid, Ministerio de Asuntos Sociales-Instituto de la Mujer.

(5) ORTIZ GOMEZ, Teresa; BIRRIEL SALCEDO, Johanna; MARÍN PARRA, Vicenta (1998): *Universidad y Feminismo en España I. Bibliografía de Estudios de las Mujeres*, Granada: Universidad de Granada; y ORTIZ GÓMEZ, Teresa et al. (1999): *Universidad y feminismo II. Situación de los Estudios de las Mujeres en los años 90*, Granada: Universidad de Granada.

Hemos historiado a las mujeres y en ellas hemos reconocido el genérico para desde él buscar la individualidad negada pero no nos olvidemos que en el reconocimiento del genérico está nuestra fuerza.

Esta, creemos que ha sido una de las muchas experiencias vividas por las mujeres que hemos integrado los Grupos, Seminarios e Institutos de Estudios de la Mujer en las Universidades, a veces teorizada, a veces intuita, a veces objeto de controversia. Primero reconocer que perteneces a un género, el femenino, y al tiempo, o más tarde, entender, dentro del genérico, la individualidad que nos convierte en sujetos singulares frente al anonimato, la ocultación, el silencio colectivo.

Hasta cierto punto era difícil. Las mujeres a lo largo de la historia hemos sido identificadas en relación a..., a la familia, al marido, al grupo, como bien dice Celia Amorós⁶ hemos sido agregados seriales, elementos idénticos del agregado. Y ese tipo de práctica, de todas anónimas, del camuflaje dentro del grupo, suponía, en la práctica, una falsa conciencia de igualdad y de solidaridad. Y eso es algo que, como no podía ser menos, llegó hasta el mismo feminismo.

Con las organizaciones femeninas de masa, se constituyó un «nosotras muy elemental», «nosotras las mujeres», tributario, en su globalidad, de la mirada masculina pero liberado de cualquier sentido de inferioridad y reivindicado con orgullo. Más tarde aparecieron fórmulas como «pertenencia al sexo femenino» e «identidad de género». En los años ochenta algunas plantearon la crítica del «nosotras» grupal. La crítica partió del descubrimiento de la disparidad en el interior del grupo. Descubrimos que no somos todas idénticas y que, en el hacer cotidiano, lo que dinamiza son las diferencias, los contrastes, antagonismos y discrepancias.

Cada esfera de libertad conquistada, cada avance hacia la paridad, nos da nueva perspectiva y nos permite redefinir la situación.

Hemos buscado nuestra Identidad y esta nos amarra al pasado, porque la identidad mira al pasado -como dice Celia Amorós- se construye por todo lo pasado, mientras la subjetividad mira al futuro y decide sobre él. Una subjetividad sin identidad sería vacía, pero una identidad sin subjetividad sería ciega y es el momento de ocuparnos de esa subjetividad que nos convierte en autoras del futuro.

Si en la política podemos esgrimir nuestra categoría de ciudadanas con plenos derechos para reivindicar la paridad, en la Universidad el criterio de autoridad científica, de excelencia es, supuestamente, el que prima. Estar ahí no es un derecho, es un reconocimiento.

Ser autora -como ha insistido Cándida Martínez en muchas ocasiones-, ponerse en juego en primera persona, defender la propia autoría, nombrarnos individualmente, ha abierto la posibilidad de considerarnos como iguales con el resto de miembros de la comunidad científica, y la de establecer, también, nuestra propia genealogía, el reconocimiento de la otra. Pero siempre desde el reconocimiento del genérico, es decir desde la consideración de ser un sujeto situado en un género, el femenino, excluido o minusvalorado como tal, y, por tanto, con capacidad para reconocer la situación y trazar estrategias para su resolución.

Ser y reconocerse autora implica la conciencia de aportar nuevas teorías, de desarrollar nuevos estudios, de crear nuevos significados, de transformar, en definitiva, aquellos supuestos

(6) AMOROS, Celia (1994): "Igualdad e identidad", en VALCARCEL, Amelia (Comp.): *El concepto de igualdad*, Madrid, Pablo Iglesias, p. 36.

que reproducían y reproducen una concepción del mundo elaborada y a la medida de un sólo sexo, lineal, excluyente, la que da orden al propio sistema.

Pero no se trata sólo de sabernos autoras, sino de alcanzar la autoridad, no sólo la convicción de que la tenemos, sino el reconocimiento de la comunidad, la autoridad de las mujeres como grupo en el campo estricto del orden y poder universitarios.

En la Universidad saber y poder, están íntimamente unidos y si no conseguimos jugar en la esfera donde transita el poder, no tendremos autoridad reconocida, luego no podremos transferir autoridad, ni repartir poder o reconocimiento.

Y en ese camino sigue siendo necesario unir individualidades y grupos entre las mujeres, la creación de redes, la complicidad, sin estar necesariamente en el mismo grupo. Y algo fundamental, que las mujeres reconozcan la autoridad y la individualidad de las otras mujeres. Solidaridad entre iguales, en el éxito y el brillo, sororidad también para reconocer y nombrar a aquellas que destacan y triunfan.

Y siempre, sin perder la memoria que nos une y nos obliga.

Hemos de recordar que los Gobiernos paritarios son nuestro éxito, son fruto de nuestro trabajo y esfuerzo, no es consecuencia de una acción externa, pero, como dice Amelia Valcárcel:

“Si no nos movemos desde nuestro interior, cualquier movimiento, incluso aquel que mejore nuestra situación, lo percibiremos como arrastre. Cuando la fuerza externa deje de operar, incluso podemos recuperar el mísero lugar de salida”⁷.

(7) VALCARCEL, Amelia (2000): *Rebeldes, hacia la paridad*, Barcelona, Plaza y Janés, p. 153.